

NOTICIOSO DEL PUEBLO.

DEDICADO



AL COMERCIO.



Cádiz y lunes 1.º de agosto de 1836.

Hoy es san Pedro Advíncula.

El jubileo está en la iglesia de los Descalzos.

EL SOL Y LA LUNA HOY.

MAREAS DE MAÑANA.

El Sol salió..... á las 5 y 0 minutos de la mañ.
Se pondrá..... á las 7 y 0 minutos de la tard.
La Luna se oculta á las 9 y 34 minutos de la mad.
La Luna sale..... á las 9 y 54 minutos de la noche.
Hoy tiene la Luna 19 dias.

Primera alta á las 5 y 21 minutos de la mañ.
Primera baja á las 11 y 30 minutos de la mañana.
Segunda alta á las 5 y 40 minutos de la tarde.
Segunda baja á las 11 y 50 minutos de la noche.
Ayer tuvimos buen tiempo.

En Jerez admite suscripciones la librería de Bueno: en San-Fernando los señores Molinelo y Gomez: en Sanlúcar don Estanislao Moreno: en el Puerto de Santa-Maria el ordinario Palma; y tanto en estas poblaciones, como en las de Puerto-Real, Chiclana y Vejer vale el abono 14 reales.

VARIEDADES.

EL MENDIGO.

No há mucho tiempo que en la puerta principal de una iglesia de Paris se veia siempre un mendigo sexagenario, que todos los dias ocupaba su puesto á la entrada del recinto sagrado. Su estilo, su tono y su lenguaje anunciaban una educación muy superior á la que ordinariamente denuncia la miseria. Bajo sus andrajos, que llevaba con cierta dignidad, brillaba aun el recuerdo vivo de un estado mucho menos triste; y así entre todos los pobres de la parroquia, en medio de esa clientela abandonada por las poblaciones, y que cada iglesia cubre con su manto piadoso, este mendigo gozaba de una gran autoridad. Jacobo era su nombre: su bondad, su imparcialidad en la repartición de las limosnas, la sola beneficencia del pobre hacia el pobre, y el celo ardiente con que apaciguaba las querellas de sus compañeros, le habian adquirido una consideración admirable. Sin embargo, para sus amigos mas íntimos, como para todo el mundo, su vida era un misterio. Todas las mañanas, por el discurso de mas de treinta años, se le vio acudir á un mismo sitio para pedir sus limosnas; y tan acostumbrados estaban á encontrarle allí, que en alguna manera hacia parte del ornamento de la portada: con todo, ninguno de los compañeros del mendigo podia referir la menor particularidad de su vida. Sabíase solo que Jacobo jamas ponía el pié en la iglesia, aunque era católico. En el acto de las ceremonias religiosas; cuando los cánticos piadosos hacían resonar las bóvedas santas; cuando el incienso, subiendo del altar, se elevaba al cielo con los votos de los fieles; y la voz grave y dulce del órgano sostenía el coro solemne de los cristianos, el mendigo sentíase como arrastrado á mezclar sus plegarias con las de la iglesia, y con ojos de admiración y humildad contemplaba desde el vestíbulo el cuadro mágico que presentaba la morada de Dios. El reflejo brillante de las luces que atravesaba los vidrios góticos; la sombra de los pilares levantados desde muchos siglos como un símbolo de la eternidad de la religión; el encanto profundo que nace del aspecto sombrío y recogido de la iglesia, todo inspiraba al mendigo una admiración involuntaria. Alguna vez se veían correr lágrimas por sus mejillas descarnadas. Una gran desdicha ó un hondo remordimiento parecia agitar su alma atribulada. En los primeros tiempos de la iglesia se le hubiera visto como un atroz criminal condenado á desterrarse de la asamblea de los fieles, y á

pasar cual sombra silenciosa en medio de los vivos.

Diariamente acudia á celebrar el santo sacrificio de la misa en esta iglesia un eclesiástico, hijo de una de las mas antiguas familias de la Francia, y poseedor de una inmensa fortuna. Este buen sacerdote se complacia en prodigar sus limosnas á los infelices. El anciano mendigo le merecia un afecto particular, y de sus manos recibia un socorro que su bienhechor aumentaba con las palabras dulces con que le consolaba en su miseria. Jacobo no pareció un dia á la hora acostumbrada, y su protector, el abad Paulin de Saint-C***, creyendo que el mendigo estaria enfermo, procuró saber donde vivia, buscó la casa, y encontró al anciano tendido sobre un monton de paja.

El eclesiástico se llenó de asombro al ver el lujo y la miseria que se notaban en el aposento del mendigo. Sobre su miserable cabecera habia un magnifico reloj de oro: dos cuadros riquísimos, cubiertos con un velo tupido, veíanse colgados en una pared mugrienta: el enfermo tenia á su lado un crucifijo de ébano, trabajado con habilidad y hermosura: en otro rincon habia un sillón antiguo con calados góticos; y entre algunos libros usados habia tambien un misal con broches ó abrazaderas de plata. Todo el resto de los muebles anunciaban la pobreza mas espantosa.

La vista del sacerdote reanimó al anciano, y con un acento lleno de gratitud, dió principio á este dialogo:—

—Señor abad, ¿tan bueno sois que os dignais acordaros de un desgraciado?

—Hijo mio, un sacerdote no olvida mas que á las gentes dichosas. Yo vengo á saber si necesitais de algun socorro.

—Nada necesito, porque la muerte me aguarda por momentos: mi conciencia es lo único que me martiriza.

—¿Tu conciencia? ¿Acaso tendrás alguna gran culpa que espíar?

—Un crimen, un crimen enorme, un crimen bárbaro por el cual toda mi vida ha sido una expiación cruel é inútil: ¡un crimen sin perdon!...

—Un crimen sin perdon no existe, hombre ciego! la misericordia divina es inagotable, por mas que sean negras y atroces las culpas del mortal.

—Pero un miserable manchado con el mas horrible de los delitos, ¿qué tiene que esperar...? ¡oh padre mio! ¡el perdon!... ¡pero hay perdon para mí!...

—Le hay, exclamó el sacerdote con un vivo

entusiasmo: la duda seria una blasfemia mas atroz que tu crimen mismo. La religion tiende sus brazos al pecador que se arrepiente y llora. Jacobo, si tu contrición es sincera, implora la bondad celeste, que no te abandonará. Jesucristo derramó toda su sangre por salvarte: ¡hijo de Dios! arrodíllate, y confiesa tus culpas.

El sacerdote se descubre, y despues de haber pronunciado las palabras sublimes que abren al penitente las puertas del cielo, escuchó al mendigo esta confesion horrorosa:—

Hijo de un pobre labrador, honrado con el afecto de una familia de alta nobleza, á quien mi padre cultivaba algunas tierras, fui acogido desde mi infancia en la quinta de mis señores. Destinado á ser ayuda de cámara del hijo de la familia, la educación que me dieron, mis progresos rápidos en el estudio y la benevolencia de mis amos, cambiaron mi estado, vine elevado al rango de secretario. Cumplia yo veinte y cinco años cuando estalló la revolucion: facilmente sedujo mi espíritu la lectura de los periódicos de aquella época, y mi ambición se fatigó de mi posición precaria. Entonces quise seguir la carrera de las armas y abandonar la quinta, el asilo de mi juventud. ¡Ojalá lo hubiera hecho, porque la ingratitud me habria libertado de mi crimen!... El furor revolucionario invadió bien pronto mi provincia; y mis amos, temerosos de verse envueltos en una persecucion atroz, despidieron á todos los criados. Vendieron precipitadamente cuanto les fué posible; y no llevando consigo mas que dinero y algunas alhajas preciosas como recuerdos de familia, volaron á esta capital, buscando un asilo en la multitud, y el reposo en la oscuridad de su domicilio. Hijo de la casa, yo los seguí. El terror reinaba en todo su poder, y nadie sabia el retiro de mis amos. Inscriptos en la lista de los emigrados, la confiscación devoró sus bienes; pero poco les importaba, porque estaban reunidos, tranquilos y desconocidos. Animados con una fe viva en la Providencia, esperaban un cielo mas clemente. ¡Vana esperanza! La sola persona que podia revelar su morada y arrancarlos á su asilo, tuvo la cobardía de denunciarlos. ¡Ese denunciante vil, fui yo!...

El padre, la madre, cuatro hijas, señor abad, cuatro vírgenes preciosas é inocentes, y un niño de diez años, fueron lanzados juntos en el calabozo, y sepultados en los horrores de la cautividad. Se les formó su proceso. Bastaban entonces los pretestos mas frívolos para enviar un inocente al cadalso; y no obstante, el acusador público apenas podia encontrar un motivo de persecucion contra esta noble y bella familia.

R. 1784212

Un hombre se halló iniciado en las confidencias del lugar doméstico, depositario de los pensamientos mas íntimos de la casa: este bárbaro inermínó las circunstancias mas simples de la vida de los presos, é inventó el crimen frívolo de conspiración. ¡Ese calumniador, ese testigo falso fui yo!...

Los tiranos populares pronunciaron la sentencia final. La pena de muerte cayó sobre toda la familia: solo al niño perdonaron los tigres. ¡Desdichado huérfano, destinado á llorar el degüello de toda su familia, y a maldecir á su asesino si le hubiera conocido algun dial!...

Resignada, y consolándose con sus virtudes, esta familia infortunada esperaba la muerte en su mazmorra. Pero hubo un olvido en el orden de las ejecuciones. Pasó el dia señalado para el martirio de mis amos; y si nadie se hubiera interesado en asirse de estos inocentes como de una presa, habrían salvado sus vidas; porque acontecia esta catástrofe en vísperas del 9 termidor. Un hombre, ansioso de enriquecerse con algunos despojos, se dirigió al tribunal revolucionario, é hizo rectificar aquel error: su celo fué recompensado con un diploma de civismo. ¡Ay, ministro del Altísimo! ¡ay qué crímenes tan negros producen las revoluciones!... La orden de ejecución fué entregada al instante, y en la noche misma la justicia horrorosa de aquellos tiempos siguió su curso. ¡Este revelador solícito é impaciente, este perseguidor activo é implacable, fui yo!...

Al oscurecer el sol, y con la claridad pálida de las hachas finébreas, la carreta fatal arrastró á la muerte esta noble familia. El padre con la frente cargada de un dolor profundo, ocultaba en sus brazos á dos de sus hijas... la madre, muger fuerte y cristiana, estrechaba en su pecho á las otras dos... y todos seis, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas y sus esperanzas religiosas, repetían con acento doloroso las plegarias de los moribundos. Jamas salió de sus labios el nombre de su asesino. Como ya era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo sangriento, habia confiado á un criado suyo el cuidado de esta tardía ejecución. Poco acostumbrado á la horrible maniobra, el ayudante imploró la asistencia de un pasajero, seguro de encontrarla entre tantas fieras como querían entónces saciar su sed de sangre humana. Un bárbaro se brindó con la mejor voluntad á prestarle su ayuda en tan innoble ministerio... ¡Ese barbafo fui yo!...

La paga de tantos crímenes fué una suma de tres mil francos en oro, y los objetos preciosos que veis en este cuarto, testigos irrecusables de mi iniquidad sin ejemplo... ¡Qué bárbaro soy!...

Después de tantos delitos, quise aturdirme en la disolución y en los vicios; pero aun no habia concluido de disipar el oro, fruto de mi conducta infame, y ya el puñal agudo del remordimiento me atravesaba el corazón. Ningun proyecto, ninguna empresa, niugun trabajo fue dichoso para mí; la mano del destino me agobiava. Vine pobre y enfermo. La caridad me dotó con una plaza privilegiada á la puerta de la iglesia, en donde he pasado tantos años. La memoria de mis estupendos atentados, de mis negras culpas, era tan viva, tan punzante, que, desesperado de la clemencia divina, jamas me atreví á implorar los consuelos de la religion, ni á entrar en el templo. Las limosnas, y las vuestras sobre todo, alma caritativa, me han ayudado á economizar la suma robada á mis antiguos amos: vedla aquí. Los objetos de lujo que notais en mi pobre albergue, ese reloj, ese Crucifijo, ese libro santo, esos retratos velados, son tambien alhajas robadas á mis señores. ¡Oh cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento; pero qué impotente! ¡Sacerdote de Jesucristo! ¿creéis todavía que yo pueda aguardar el perdón de Dios?

— ¡Hijo mío! respondió el abad: sin duda que tu crimen es espantoso, y sus circunstancias atroces. Los huérfanos privados de sus padres por la revolución, saben mejor que nadie el dolor intenso que hicisteis sufrir á vuestras víctimas. Una vida entera de pesar y de lágrimas no basta para espiar tantas monstruosidades, tanta sangre vertida. Sin embargo, son inmensos los tesoros de la misericordia divina. Gracias á tu contrición, ya puedo, lleno de confianza en la inagotable bondad del Ser Supremo, asegurarte que te perdona."

Dijo, y se levantó el sacerdote. El mendigo, como animado con una vida nueva, dejó su lecho, y postróse de rodillas. El abad Paulino iba á pronunciar las palabras poderosas que ligan é desatan los pecados del hombre, cuando el mendi-

go exclamó:—"Padre mío, esperad: antes de recibir la absolución, quiero libertarme del fruto de mi crimen: tomad esos objetos; vendedlos, y distribuid á los pobres su producto."—En sus movimientos precipitados, el mendigo arrancó el velo que cubria los dos retratos, y dijo:—"Mirad la imagen augusta de mis pobres amos."

Al verlos el abad Paulino de Saint C*** exclamó con una desesperación dolorosa:—"¡Gran Dios! ¡mi padre! ¡mi madre!..."

En el instante, el recuerdo de la horrible catástrofe, la presencia del asesino y la vista de aquellos objetos tan queridos, asaltaron á la vez el alma del sacerdote, que, cediendo á un desfallecimiento involuntario, cayó sobre una silla. Con la cabeza apoyada entre sus manos, derramó lágrimas abundantes: el puñal agudo del pesar acababa de destrozarle las entrañas.

El mendigo aterrado, no atreviéndose á fijar los ojos en el hijo de sus amos, que, mas bien que el perdón, debía llenarse de cólera contra él, le besaba las plantas, se las regaba con su llanto, y gritaba desesperado:—"¡Mi amo! ¡mi amo! ¡cuán infeliz soy!"

El abad se esforzaba, sin mirarle, por comprimir su terrible angustia.

El mendigo exclamó:—"Sí: ¡yo soy un asesino, un monstruo, el mas perverso de los hombres! Amo mío disponed de mi vida: ¿qué debo hacer para vengaros?"

— ¡Vengarme!... (respondió el sacerdote): ¡vengarme, desgraciado!..."

— ¿No os decia bien, que mi crimen era indigno de perdón? Harto sabia yo que la religion me rechazaria de su seno. El arrepentimiento nada es para un delincuente de mi especie: ¡no! Dios no me perdona: no me perdona!..."

Estas últimas palabras, pronunciadas con un acento terrible, recordaron al sacerdote su misión y sus deberes. En el acto cesó la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado. La debilidad humana habia reclamado por un momento las lágrimas del hijo entristecido. El eclesiástico tomó el Crucifijo, herencia pater, al caída en las manos de un desdichado, y presentándoselo al mendigo, le dijo con una voz fuerte y conmovida:—

— ¡Cristiano! ¿tu arrepentimiento es sincero?

— Sí.

— ¿Tu crimen te causa un horror profundo?

— Sí.

— Pues Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, te concede su perdón, y te abre las puertas celestiales."

Entónces el sacerdote con una mano levantada sobre la cabeza del mendigo, y teniendo en la otra el signo de nuestra redención, hizo descender la clemencia celestial para el asesino de toda su familia.

Con el rostro sobre la tierra, el mendigo permanecía inmóvil á los pies del eclesiástico. Este le tendió la mano para levantarle; pero ya no existia.—(Trad.)

CORREO DE MADRID.

— Los rumores alarmantes que se esparcieron antes de ayer en esta capital con motivo de la aproximación de los facciosos al real sitio de San Ildefonso, hubieron de alentar tanto á sus partidarios, que varios de ellos se atrevieron á insultar á algunos guardias-nacionales y otros individuos afectos al gobierno legítimo. Estas contestaciones provocaron necesariamente pendencias en los barrios extremos, de lo que han resultado ayer algunas personas contusas y heridas; pero siempre este es un mal que á todo trance debe evitarse por las autoridades, castigando ejemplarmente la osadía de los provocadores. De aquí puede deducirse que las incursiones de los carlistas en las provincias tranquilas, lejos de conducir al triunfo del pretendiente, no tendrán otro resultado que el de poner á descubierto los enemigos ocultos de la libertad y de la Reina. Hoy como dia festivo y para que no se repitan estas escenas, tanto los dependientes de policía como las patrullas de la guarnición, están velando por el orden público en todos los barrios de esta capital.

— El gobernador civil ha hecho publicar la siguiente alocución:—

"Cuando los buenos españoles necesitan mostrarse unidos para poner término á la guerra civil, entónces se esfuerzan los malos en promover por todos medios la discordia. No contentos con mantener los ánimos en continua alarma, pro-

palando noticias falsas ó absurdamente abultadas, llega su atrevimiento hasta el punto de amenazar con un trastorno del orden público, y conspirar para conseguirlo.

Vanos serán sus esfuerzos: ellos se estrellarán en el patriotismo y la sensatez del pueblo madrileño. Las facciones han ensayado en diferentes puntos de la monarquía un golpe de desesperación: en el estermínio encontrarán su desengaño, y el de sus partidarios que abraza esta capital. Perseguidas en todas direcciones, existen porque huyen, porque no tienen aliento para esperar á los valientes que les van al alcance; y si tal vez asoman por diversas provincias, lo hacen mas bien acosadas por el miedo, que con ánimo de atacar á los leales que se reunan para hacerles frente.

Las facciones desaparecerán; las córtés se reunirán antes de un mes para atender con el trono á las públicas necesidades; y los ilusos que alimentan esperanzas en contrario sentido, sufrirán la mortificación de presenciar el triunfo de los verdaderos hijos de la patria, y la reconciliación de todos los que merecen llamarse liberales.

"Entre tanto es obligacion mia vigilar por la conservación del orden público. Y á efecto de tranquilizar á los pacíficos habitantes de la capital de la monarquía, me creo en el caso de anunciarles que estan tomadas todas las medidas, de acuerdo con la autoridad superior militar, para reprimir toda tentativa de desorden. Contribuyan por su parte los ciudadanos celosos y patriotas á ilustrar la opinion pública; y entónces la tranquilidad se mantendrá exclusivamente por influencia suya, y sin necesidad de otro auxilio. Madrid 24 de julio de 1834.—El gobernador civil:—*Mariano Valero y Arteta*."

— Se confirma en Paris la noticia de un combate naval entre las escuadras del almirante Huggon, y la de Tahir-Pachá. El resultado de este combate parece haber sido favorable á las armas francesas.

— Parece que el escelentísimo señor capitán general de esta provincia ha dado orden á todos los destacamentos del distrito para que procedan militarmente contra todo paisano que se encuentre en el camino sin el correspondiente pasaporte. Se cree tambien que S. E. está decidido á hacer un castigo ejemplar con los quince individuos que se fugaron de esta corte y han sido capturados por los valientes nacionales de Alcobendas.

— Por cartas de Zaragoza sabemos que el faccioso Salinas ha sido asesinado por sus mismos compañeros.

REMITIDO.

Señores redactores del *Noticioso*.—Ayer tarde á las cuatro la compañía de caballería de esta Guardia-Nacional dió una espléndida comida en la sala de sesiones de la sociedad económica, á la que convidaron y asistieron las autoridades civiles y militares, los gefes de infantería, y uno por clase y compañía del batallón y compañía suelta. Hubo repetidos y entusiastas brindis á la Constitución, á Isabel constitucional, á la libertad, á la Reina Gobernadora, á la union &c., y se improvisaron algunos versos alusivos á la celebración de lo que se acababa de jurar. A la conclusion de la comida entonaron los concurrentes varios himnos patrióticos, acompañados por una música que en el acto se proporcionó, y con la cual se dirigieron al café, y de allí por las calles principales, entonando siempre con la mayor jovialidad y armonía cánticos alegres y alusivos á nuestros antiguos y privilegiados recuerdos.

Por la noche fué la iluminación tan general como en la anterior, y en las casas de cabildo se veia decorada la lámpara constitucional por muchas luces, acompañada de los retratos de nuestra angelical Reina y su augusta madre. Un piquete de granaderos custodiaba objetos tan preciosos.

Todo fué placer, y ni la menor incomodidad pudo alterarlo: falta ahora que aquellos que por la ley deben mandarnos, saquen todo el fruto que pueden de nuestro entusiasmo patriótico.—Es de ustedes servidor—*Nicolau*.

UNION Y GUERRA.

Don Lesmes, esto va malo: yo estoy dado á los demonios; nuestro ejército no avanza; pero avanzan los facciosos. ¿Qué hace Córdoba? por vida

de los liberales todos,
que somos unos petates
ó yo no sé lo que somos.
—Estamos vivos ó muertos,
ó en dónde estamos nosotros?
—En el infierno, don Roque;
en una jaula de locos.
—Diga usted, don Lesmes,
¿qué viene á ser esto?
—Pues, don Roque mío,
no lo está usted viendo?
—Yo no sé, don Lesmes:

tantas cosas veo,
que de ver ya tanto
me he quedado ciego.
Veo muchas gentes
cantando y riendo,
mientras tantos lloran
en triste silencio.
Veo muchos hombres
de tal tragadero,
que tragan victorias
y triunfos sin cuento;
mientras otros miro
que llenos de miedo,
sueñan que á don Carlos
en Madrid tenemos.
Veo much s cosas,
pero en medio de esto
lo que mas me aflige
es lo que no veo.
No veo en nosotros
aquel patrio fuego
que todo lo arrolla
y salva los pueblos.
No veo entusiasmo,
union, noble esfuerzo,
cual la patria quiere,
cual lo está pidiendo.
Y en viles pasiones,
y en odios funestos
hundirán los libres
su fuerza y denuedo?
¿Qué son esas hordas
de asesinos fieros,
si los libres todos
gritamos, á ellos?
Humo, polvo, nada;
fantástico espectro;
pero ¡ay de nosotros
si apáticos, yertos,
miramos tranquilos
nuestro propio incendio!
Patriotas, alerta,
todavía es tiempo:
no mas escisiones;
no mas desgarrarnos
con odios y bandos
de la patria el pecho.
Union, liberales,
y guerra clamemos;
union de los libres
y guerra á los siervos.—(El M.)

Cádiz 1.º de agosto.

ORDEN DE LA PLAZA.

Servicio para hoy.—Gefe de día: don José Sola, comandante de la brigada de artillería de la Milicia-Nacional.—Parada: los cuerpos de la guarnicion y los de la Milicia-Nacional.— Rondas, contra-rondas y capitán de hospital y provisiones: el tercer batallón de idem.

—El señor gefe-político en oficio de hoy me dice:—"Debiendo colocarse á las seis de esta tarde la lápida en la plaza de la Constitución, con asistencia de las autoridades, escelentísimo ayuntamiento y corporaciones, espero se sirva V. S. disponer concurran igualmente las tropas de la guarnicion para mayor solemnidad del acto."—En consecuencia, y con la anticipacion debida, se hallarán formados en dicha plaza el batallón de artillería de la Milicia-Nacional y los cuerpos de todas armas de la Milicia-Nacional.—Villalpando.—De orden de su señoría: Delgado.

San-Fernando 30 de julio.—El grito de CONSTITUCION DEL AÑO DE DOCE resonó ya en su antiguo baluarte: impera ya este código sagrado á la vez emblema de todas las glorias de la patria y piedra angular de su verda-

dera libertad, en el mismo sitio en que arrojaron el guante á los tiranos tantos hombres ilustres que juraron ser libres ó sepultarse entre sus ruinas.

La noche del 30 de julio de 1836 será desde ahora el recuerdo mas feliz para los habitantes de San-Fernando; y si el 1.º de enero de 1820 forma con ellos época en la historia, nuevo timbre han adquirido al hacer una revolucion con tal conformidad y con tal cordura.

Días hacia que se notaba entre los nacionales de esta ciudad y sus demas habitantes el deseo de que volviese á ser ley fundamental el código que le arrancaron bayonetas extranjeras: por dó quier se veia la impaciencia pintada en todos los semblantes, y cada momento que ciertas razones de prudencia hacian retardar el señalado para su restablecimiento, era una mortificacion estrema é insoportable. Llegó por fin el instante apetecido con tanto anhelo, y á las oraciones rompieron los gritos de: ¡VIVA LA CONSTITUCION! enfrente de las casas consistoriales, en que se hallaban reunidos el ilustre ayuntamiento con todas las autoridades civiles y militares, y con los gefes de todas las corporaciones. Inmenso era el gentío; innumerables las aclamaciones que resonaban al sagrado código, y todos pedían á las autoridades que en la misma noche fuese jurado. Una comision del pueblo subió al ayuntamiento é hizo presentes sus deseos, á cuyo tiempo todos los tambores de la Milicia-Nacional, de todas armas y el clarín de la de caballería tocaron generala en todas direcciones por orden de sus dignos comandantes; y esta señal, precursora siempre de combates y desastres, lo fué aquí de alegría universal. El pecho mas tibio se enardecia al ver correr por todas partes á los atletas de la libertad armados hácia el punto designado para su formacion, y fué obra del momento el iluminarse todo el pueblo, salir todo el bello sexo á la calle y encontrarse reunida toda la Milicia-Nacional con mas de doble fuerza de la que siempre hemos contado en sus filas, entre las cuales desde aquel momento no se oyó otra cosa que vivas á la Constitución, en cuya plaza formaba esta fuerza un cuadro. El patriota comandante interino de la infantería hizo que los oficiales consultasen á sus compañías, que unánimes contestaron, así como la de artillería y caballería, CONSTITUCION ó MUERTE. En seguida el señor alcalde, acompañado de los gefes de la Milicia, recorrió las compañías, y una por una fué consultándolas de nuevo, oyendo las mismas respuestas, las que hizo presentes á la junta de autoridades, á quienes animaban los mismos deseos, y unánimemente acordaron que en el día de hoy á las cinco de su tarde se promulgase la tan apetecida CONSTITUCION DEL AÑO DOCE. Esta determinacion fué anunciada al público y á la milicia desde el balcón del ayuntamiento por su digno presidente, dando un viva á la Constitución y á la Reina constitucional, que hizo palpar el corazon de todo el que lo oyó, y que fué contestado con un enagenamiento imposible de describir, así por el pueblo como por los nacionales y las autoridades. Es espectáculo que solo puede figurarse quien tenga un alma patriota, el que presentaba en aquel momento la plaza de la Constitución, la Milicia y el pueblo abrazándose unos á otros de gozo, victoreando á las autoridades: éstas, cuya mayor parte llevan todavía el sello de los hierros que el bárbaro despotismo les impusiera por su adhesion á ese mismo código, tenían pintada su alegría en el rostro; y el astro de la noche, que en su aspecto mas bello quiso contribuir al regocijo general, reflejaba á la vez sobre las bayonetas de la patria, sobre las canas venerables de un elevado personaje que dos veces subió el primer escalón del cadalso por restablecer ese mismo código, y sobre las lágrimas que el gozo hacia derramar á todos los espectadores. El comandante de la milicia de infantería preguntó al dignísimo comandante de armas de esta ciudad, si podria contar con la honra de continuar teniéndole á su cabeza, y este apreciable gefe le contestó afirmativamente en unos términos propios de su patriotismo.—En seguida dicho comandante de la milicia se dirigió al medio del cuadro, dió vivas á la Constitución, á las autoridades y á la Reina constitucional; y en una muy breve, pero enérgica arenga, le representó que era preciso perecer en la demanda, ó afianzar el código de nuestras libertades. Mandó en seguida formar en columna, y con esta, y pre-

cedido de todo el pueblo y de la música marcial, paseó las calles principales, rompiendo filas en frente de las casas consistoriales; y en el momento en que se trazan estas líneas, que son las tres de la mañana, todavía suenan las campanas y el ballico popular.

Ni un leve insulto, ni un solo *muera*, ni aun la idea de ofender ha venido á turbar lo que mas bien puede llamarse fiesta que revolucion, y si San-Fernando no tuviese dadas tantas pruebas de que olvida todos los resentimientos cuando se trata de la causa pública, ésta solo bastaria para probar su sensatez, su cordura y el verdadero liberalismo que en ella existe, y que siempre honra todas las empresas que acomete.

De ustedes su afectísimo—Un constitucional del año de 1812.

—Nuestro corresponsal del Puerto de Santa-Maria nos remitió antes de ayer para su insercion en el *Noticioso* el artículo siguiente:—

"Ayer recibimos la noticia de que en la ciudad de Cádiz se habia promulgado la Constitución del año 12. Sin la menor demora reuniéronse en junta los individuos del ayuntamiento, el señor gobernador militar y los gefes de la Guardia-Nacional, pidiendo su restauracion; y visto un deseo tan general, se trató ya solamente de designar la hora en que debia colocarse la lápida. En un principio se determinó hacerlo en el día mismo; pero con mejor parecer y deseando dar mayor solemnidad al acto, quedó dispuesto que á la mañana siguiente se verificase esta ceremonia. Acto continuo se publicó por el señor presidente interino una alocucion enérgica, y el comandante de la Guardia-Nacional en la orden del día escitó mas y mas el entusiasmo de las tropas.

Todos los vecinos adornaron espontáneamente sus casas con magníficas colgaduras; todas las campanas se echaron á vuelo, y por toda la poblacion se difundió el contento y la alegría. En la noche hubo iluminacion general, y el día terminó sin desgracias, sin escases, sin insultos de ninguna clase.

Después se ha verificado la promulgacion y jura del código inmortal que en tiempos mas felices arrojó de la península las huestes del gran Napoleon, dando tantos dias de gloria á nuestra patria. Ningun pueblo del mundo celebrará de un modo mas solemne este acto grandioso: los habitantes del Puerto de Santa-Maria siempre han probado su amor sin límites á la libertad española, y así han considerado como la suprema felicidad para ellos el momento de ver restaurada la ley sagrada por la cual los hijos del Cid y de Pelayo combatieron tan heroica como desgraciadamente. No volverán á arrancárnosla los despotas odiosos que en otro tiempo se burlaron de nuestra credulidad y de la fe que dimos á sus promesas inicuas: ahora la sangrienta leccion que recibimos, brotará sus frutos, y sabremos perecer mil veces antes que doblar de nuevo nuestra noble cerviz á la mas ignominiosa de las servidumbres.

—Colocada desde ayer la lápida de la Constitución en el mismo sitio que antes tenia en la plaza de San-Antonio, á las seis y diez minutos de la tarde se descorrió el velo que la ocultaba á la ansiedad del pueblo gaditano, reunido todo en aquel pequeño recinto. Imposible es describir el entusiasmo con que las autoridades militares y civiles, nuestra Milicia-Nacional de todas armas con inclusion de la compañía de estramuros, el batallón de marina y el inmenso concurso que presenciaba el acto, prorumpieron en vivas al código inmortal que por tercera vez hemos promulgado para labrar la dicha eterna del país.—¿Quién volverá á serle perjuro? ¿Quién olvidará la crueldad bárbara y fria con que los tiranos persiguieron á sus nobles defensores, sacrificándolos á centenares en el patibulo de la revolucion? ¿Quién transigirá de nuevo con los monstruos que, abusando de nuestra nercia credulidad, de nuestra funesta confianza, virtieron tanta sangre inocente, y en el aciago DIEZ DE MARZO asesinaron á un pueblo inculpable y sin armas, para saciar la sed de sangre que devoraba á unos despotas coronados?

—Españoles! ¡que para nosotros no sean perdidas lecciones tan terribles! Por tercera vez hemos jurado el código sabio que afianza nreos derechos y nuestras libertades. Un monarca ingrato, enemigo del suelo que le dió el nacimiento y la corona, pidió á otro tirano cien mil de sus genizaros para arrebatarnos la Constitución, para diezárnos en el cadalso de la ig-

nomina, para estender en la península el luto, la viudez y la horfandad, para imponer á todos los desgraciados que pudieran sobrevivir á tan inmenso infortunio, una esclavitud mas temible que la muerte patibularia: nuestras fatales divisiones le facilitaron el triunfo; y la emigración, el destierro, los calabozos, el suicidio, el asesinato y la cuchilla del verdugo fueron luego nuestro triste lote, en castigo de la horrible ceguedad con que nos presentamos en un abismo sin fondo.

¡Maldición al que preparo á la patria otros dias de luto! Nuestra vista debe fijarse en los enemigos de nuestra libertad con el objeto de destruir sus maquinaciones; y al tiempo mismo que velamos para que nuestros traidores no sacrifiquen nuevos mártires, estrechemonos en torno de las autoridades que acabamos de constituir; llenemola de los prestigios que tanto necesita si ha de llevar á término la obra grandiosa á que hemos dado un principio tan dichoso, y trabajemos todos de consuno para cimentar sobre bases indestructibles nuestra felicidad y las libertades españolas.—rr.

Hemos dicho ya que la lápida constitucional ha sido descubierta ayer á las seis de la tarde. Difícil será que espliemos las sensaciones tumultuosas que nos asaltaron en aquel solemne momento.

Las calles, la plaza de San-Antonio (ya de la Constitución), los balcones, las azoteas, las ventanas, todo estaba coronado por un pueblo inmenso, entusiasmado, anhelando el momento de fijar sus miradas en el signo sagrado de su libertad. Habíanse reunido las autoridades todas en las casas consistoriales. El acompañamiento no podía ser mas brillante. Desde el ayuntamiento se dirigieron, precedidos de la música de marina, á la plaza de San-Antonio. Las calles por donde pasaron presentaban el aspecto mas alhagüeño que puede forjarse la fantasía. Brillaban en los balcones elegantes colgaduras; lucian su belleza y el donaire de sus lindas caras las graciosas gaditanas; por todas partes se manifestaba bullicioso y animado el alegre entusiasmo de un pueblo libre.

Los batallones de la Milicia-Nacional y la brigada de marina, formados en columna en masa en medio de la plaza, y rodeados por todas partes de un gentío inmenso, eran el centro de las miradas de todos. Allí estaba la esperanza de nuestra gloriosa revolución: en esos ciudadanos, en esos militares llenos de honor y patriotismo; veíamos todos la prenda de salvación que puede asegurarnos la victoria. Esos valientes han jurado morir por la Constitución; son nacionales; son soldados españoles, y á fuer de tales sabrán cumplir su juramento.

Habíase construido una tribuna ó tablado debajo del sitio donde estaba colocada la lápida constitucional. Subió á aquel toda la comitiva; rompieron las músicas; el pueblo agitado fijaba su vista en el señor gefe-político; descorrióse el velo, y como el estallido del trueno resonó en el aire el grito de **LIBERTAD** de todo un pueblo.

Los que por desgracia hemos gemido bajo el ceño de hierro de los diez años; los que hemos visto tantas pálidas alegrías de real orden, somos los que pode-

mos dar todo su valor al regocijo que por todas partes se veia reinar. ¡Y habrá quien se atreva á decir que en España no hay pueblo?

Desfilaron en seguida las tropas por delante de la lápida, despues de haber victoreado el señor gefe político, á Isabel Segunda constitucional, y á la libertad. Pocas veces hemos visto una columna de honor mas brillante ni mas uniforme: tan soldados parecían los nacionales como la tropa de linea. Unos y otros respondieron con igual entusiasmo á los vivas de sus capitanes. También desfiló la caballería con el orden y la pericia de militares veteranos.

Dia de contento y de gloria ha sido el de ayer: concluida la ceremonia bajaron las autoridades, y se mezclaron con el pueblo: las gentes se agrupaban por donde iban pasando. El gefe político, el intendente y los gefes de carabineros se dirigieron á la alameda, que ya estaba llena de la concurrencia mas escogida.

Algunos nacionales se reunieron en el café de Apolo. Allí brindaron por la Constitución y la libertad, é improvisaron versos llenos de entusiasmo, que no pudimos retener en la memoria.

En el momento que escribimos estas lineas, los vivas que aun repite el pueblo sin cesar, resuenan en nuestros oídos; los himnos de libertad se oyen por todas partes; las casas se iluminan; las gentes cruzan en todas direcciones respirando al fin libres y contentas. Nosotros tambien decimos—¡Viva la Constitución! ¡viva Isabel Segunda constitucional! ¡viva la libertad!—rr.

Segun las cartas recibidas ayer de Madrid, escritas á última hora, el presidente del consejo de ministros ha logrado al fin de S. M. la orden para que el general Córdoba se retire del ejército de Navarra, entregando su mando en interinidad al valiente é infatigable Oráa. También Quesada ha sido separado de la capitania general de Castilla la Nueva, y otros magnates de la camarilla han dejado sus destinos. ¡Quiera Dios que estas importantes noticias se confirmen!

En las elecciones parroquiales celebradas ayer, resultaron como electores para nombrar la junta gubernativa constitucional, los señores cuyos nombres siguen:—

Parroquia de San-Antonio.

Don José de Arcos.
Don Julio Zacarias Gonzalez.
Don José Sanchez Rendon.
Don Augusto Amblard.
Don Laureano Vega.

En la del Rosario.

Don Mateo Cabrera.
Don Pedro Valverde.
Don José María Gutierrez de la Huerta.

En la de San-Lorenzo.

Don Juan García Baden.
Don Antonio Ruiz.
Don José Manzanedo.
Don Santiago Llovet.
Don Manuel Saavedra.
Don Lucas Gascon.
Don José Barrientos.

En la de la Catedral.

Don Pablo Muthen.
Don Sebastian Martinez Pinillos.
Don Ambrosio del Villar.
Don Vicente Zaragoza.
Don Diego Zaragoza.
Don Manuel de la Orden.

Don Tomas Mannel, Matheu.
Don Manuel Rey.
Don José Manuel Molina.
En la de San José, estramuros.
Don Manuel Lopez.

Las diversas, precisas, é importantísimas atribuciones que por leyes antiguas y modernas competen á la autoridad municipal, hacen tan necesaria su existencia que es imposible la paralización de un momento sin que se resentan los objetos puestos á su cuidado. En esta atención, y á pesar de haber creído este excelentísimo ayuntamiento que cesó en sus funciones derogada la ley de su instituto, he dispuesto que continúe ejerciéndolas hasta ser reemplazado por el que debe nombrarse constitucionalmente; y en tal concepto espero que las autoridades civiles y militares, la benemérita Milicia-Nacional y todo el vecindario continúen prestándole las mismas consideraciones, auxilios y respetos que le son debidos é indispensables para el desempeño de sus funciones. Cádiz y julio 31 de 1836.—Pedro de Urquizaona.

—En Vejer se juró la Constitución del año doce ayer á la una de la madrugada, y en Sanlúcar á las dos. Cuando tengamos los detalles de este suceso se publicará en nuestras

Hasta mas de la media noche las banderas militares han estado tocando en la plaza de la Constitución el *Himno de los Himnos* y otras marchas patrióticas. Las calles aun se ven llenas de gentes que en su entusiasmo patriótico no cesan de victorear el código que hemos restaurado. Ninguna desgracia ha venido á turbar la solemnidad de tan gran dia.—rr.

Y como va de milagros allá va otro constitucional. —En la calle Ancha, casa del señor de Matamoras, hay un cierro de cristales. Pues señor; como ayer corria levante, y no muy flojo, el caso es que el viento arrancó una hoja de la ventana. Cayó la puerta desde el balcón sobre una farola del albrado; y desde allí furula y puerta, todo junto á la calle. Pasaba el señor Auriolos, hombre por mayor, á tiempo que de los cielos abajo se venia tamaña lluvia de cristalería, y tambien pasaba una muger con dos niños. Aquí del milagro: la farola y la puerta de cristales, la puerta de cristales y la farola todo junto, era mas que bastante para reventar al señor Auriolos, y eso que tiene que reventar; tambien pudo matar á la muger, ó á un niño; pues, no señor; ni se reventó el señor Auriolos, ni ha muerto el niño, ni nadie: todos quedaron sin lesion y siguen buenos en su importante salud.—Si hubiera sucedido lo contrario, ¡qué hubieran dicho los carlistas!.... ¡Pues.... ya!....

Aviso para Jerez.—Al que se hubiere encontrado una PERRITA LEBREL de cinco meses, blanca, con manchas negras y orejas cortadas, que se extravió el dia 25 de julio, de la cuadra de los cosarios sita en el arroyo de esta ciudad; se suplica se sirva entregarla en la plaza de Plateros, compañía de dichos cosarios, donde se le dará una gratificación.

DIVERSIONES PUBLICAS.

TEATRO PRINCIPAL.—Hallándose de paso en esta ciudad el célebre actor don José Galindo, á petición de varios señores aficionados y de la empresa ejecutará en esta semana la gran tragedia—ROMA, LIBRE.

TEATRO DEL BALON.—Se dará principio á las seis de la tarde con el drama en dos actos.—La engañosa prision y muerte del desgraciado don José María Torrijos.—En seguida se bailará,—la gubola,—á la que seguirá la pieza en un acto nueva.—Federico II en la batalla de Kunersdorf, ó el pleito de las aceitunas.—Y se dará fin con el sainete—La astucia estudiantina.

En esta imprenta se vende (por el precio de cuatro cuartos) un papel conteniendo los últimos acontecimientos de Sevilla, con un artículo de la redacción del Noticioso sobre nuestra situación actual.